

PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL

AÑO III
NUM 105

40 Cents.

20 FEBRERO
1927

VENEDOTEGA

MADRID

¿QUE TE PASA CAÑAMON? PARECE QUE ESTÁS TRISTE

QUE POTIPAN ME HA CASTIGADO SIN POSTRE
POR QUE HE MATADO UNA MOSCA

¿NADA MAS QUE POR ESO?

NADA MAS, SOLO
QUE LA MOSCA
ESTABA EN SU
NARIZ



PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL QUE PUBLICA LOS DOMINGOS LA EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA» S.A.—ADMINISTRACIÓN, CIERRE Y TALLERES: SAN SEBASTIÁN.—ADMINISTRACIÓN, CORRESPONDENCIA Y SUSCRIPCIONES: MADRID CALLE DE VALENCIA, 28. APARTADO 447.—SUSCRICIÓN: ESPAÑA Y AMÉRICA. AÑO 20 PESETAS. SEMESTRE 10 PESETAS. TRIMESTRE 5 PESETAS. OTROS PAÍSES AÑO 30 PESETAS.



¡TODO EN LA NATURALEZA ESTÁ FUMANDO! ¡NO SÉ POR QUÉ EL MÉDICO ME HA DE PROHIBIR QUE YO FUME!



DESVENTURAS DE LUCIO MIRAGUANO

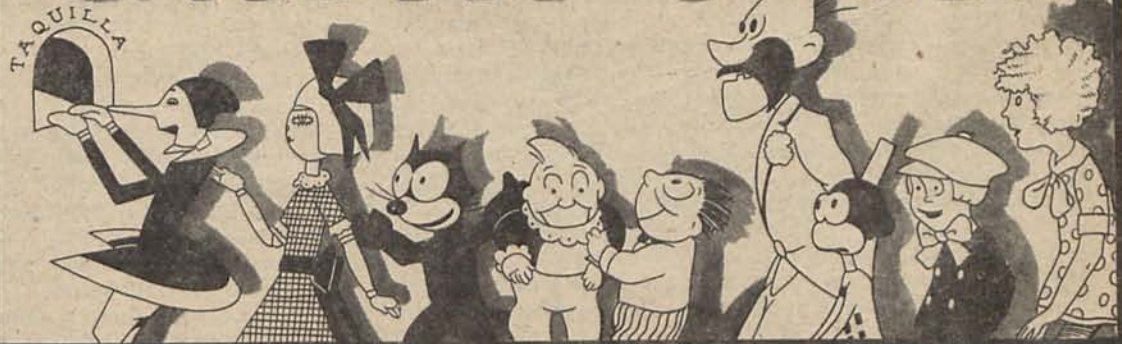


**PROGRAMA
PARA HOY**

**LA
PUERTA
CERRADA**

Sensacional

GRAN CINE



RA el día 1.º de Noviembre, y Paddy O'Darrel hallábase sentado tranquilamente en su despacho, cuando el timbre del teléfono empezó a sonar con insistencia. O'Darrel puso el receptor al oído.

—¿Quién llama?

—¿Es usted O'Darrel el detective?

—Sí, señor! —respondió.

—Habla usted con sir Herbert Field; estoy en mi finca, si tuada en las afueras de Barford, y deseo que venga usted inmediatamente a encargarse de un asunto; pues anoche me han robado de un modo misterioso varios brillantes de mucho valor.

—Dentro de dos horas estaré ahí —respondió Paddy, que colgó el receptor y se puso el abrigo y el sombrero para salir.

Pero no puedo irme sin Bob o *Trailer* —murmuró—. ¿Hasta cuándo pensará estar ese muchacho comprando fuegos artificiales?

—Iré a su encuentro en el coche —se dijo Paddy a sí mismo, encaminándose a la calle.

Precisamente en aquel momento desembocaba Bob de una travesía con una caja grande debajo del brazo por la cual salían unos palos largos que indudablemente debían de ser de los cohetes. *Trailer*, con su acostumbrada expresión de solemne aburrimiento, iba andando pacíficamente a su lado.

—¡Eh Bob! ¡Llegas a tiempo! ¡Métete aquí dentro!

—¿Qué sucede, jefe? ¿Algún caso urgente?

—Sí; tenemos que salir corriendo para Barford. ¿Son esos los cohetes que has comprado?

—Sí, y no tengo donde dejarlos ahora. ¿Qué hacemos con ellos? —preguntó Bob con expresión lastimera.

—Mételos ahí detrás que *Trailer* los cuidará, pues ahora no podemos detenerlos para dejarlos en casa.

A las dos horas llegaron a «La Granja», una casa vieja muy grande con las paredes cubiertas de hiedra, y poco después estaban ya hablando con sir Herbert.

—Este les condujo a un salón grande amueblado con elegancia. Luego señaló a su escritorio, uno de cuyos cajones habían forzado para abrirlo.

—¿Este cajón es de donde robaron anoche? —preguntó Paddy.

—Sí, señor; y quiero hacerles notar algunos detalles importantes. Anoche, cuando yo me retiré, las dos ventanas de este salón estaban cerradas por dentro; como ustedes pueden ver, están cerradas todavía y no hay ninguna señal que indique que el ladrón ha entrado por aquí.

Paddy y Bob examinaron detenidamente las ventanas y tuvieron que convenir en que, efectivamente, no habían sido practicadas.

—¿Y la puerta? —interrogó Paddy.

—La puerta estaba cerrada con llave, y la llave la tenía yo guardada debajo de mi almohada y allí mismo la encontré esta mañana. Siempre tomo estas precauciones debido a las joyas que guardo en este escritorio.

—¿Existe alguna otra llave igual a esta?

—No, señor; no hay ninguna, porque esta habitación tiene una cerradura que yo he mandado hacer ex profeso para aquí y que no tiene más que una llave. Yo mismo abro la puerta todas las mañanas y únicamente no está en mi poder la llave durante el tiempo que yo estoy aquí dentro, porque la dejo puesta en la cerradura; pero al salir vuelvo a cerrar y me la llevo siempre. Anoche, cuando cerré, las joyas quedaban en el escritorio, y esta mañana, al entrar aquí, me encontré con que habían desaparecido.

—Bueno, pues empecaremos a trabajar, Bob.

Lleno de interés, sir Herbert permaneció observando cómo los dos prácticos detectives lo iban examinando todo.

—Me parece que poco vamos a sacar en limpio de aquí

—acabó por confesar Paddy—. El ladrón ha operado con guantes porque no se encuentran huellas dactilares.

¡Es cierto! —confirmó Bob—. Parece como si hubiera entrado directamente al salón por la puerta y hubiera vuelto a salir otra vez.

—¿Pero cómo es posible que haya podido pasar a través de una puerta cerrada? —preguntó sir Herbert humorísticamente.

—Pues sí, señor; yo me inclino a creer como mi ayudante asintió O'Darrel pensando mucho las palabras—. El ladrón es, sin duda ninguna, una persona que conoce las costumbres de la casa y que sabía exactamente dónde se encontraban los brillantes.

—¿Y los criados? ¿Le inspiran a usted confianza?

—Sí, completa. Estos son: William Wates y su mujer. Otras dos doncellas. Luego tengo también a Medlow, el chófer, pero ése duerme en un pabellón que está separado de la casa; es decir, que no se comunica con esta parte del edificio.

Paddy no contestó y salió al pasillo seguido de sir Herbert y de Bob. Allí quedóse mirando alrededor del hall con ojos sagaces. Luego señaló una colección de armas antiguas colocada en la pared en unas panoplias; eran una gran cantidad de ellas colocadas por pares una a cada lado del escudo que se ostentaba en el centro.

—Tiene usted aquí una colección muy completa de armas, sir Herbert —observó Paddy—; pero falta una.

Los ojos de sir Herbert recorrieron toda la colección y vio que en el centro, uno de los armeros estaba vacío; y el arma que faltaba, a juzgar por la que emparejaba con ella, era una porra de hierro muy fuerte.

—Sí, sí; tiene usted razón —se apresuró a decir sir Herbert impaciente—. Pero yo le he llamado a usted para que me busque los brillantes y no un arma antigua de hierro, que no vale la pena de molestarse.

Un cohete útil



O'DARREL observaba fijamente una de las ventanas de la parte de atrás del hall.

—Estoy observando que esta ventana tiene el pasador sin echar —dijo—. ¿Estaba así, como ahora, cuando usted se retiró anoche?

Sir Herbert miró para la ventana sorprendido.

—No estoy cierto de ello. De todos modos, esa ventana rara vez se abre y estaba así, cerrada, cuando yo me fui a acostar.

—Pues alguien ha trepado por aquí recientemente para saltar al hall —dijo como hablando consigo mismo.

—Y, suponiendo que alguien hubiera entrado por ahí, como usted dice, ¿cómo esa persona pudo penetrar en el salón estando cerrado con llave? —interrumpió sir Herbert.

—Contestaré todas esas preguntas a su debido tiempo —respondió Paddy con una ligera sonrisa. Y preguntó de repente:— ¿Hay algún lago o estanque en la finca?

Sir Herbert quedóse mirando para el policía juzgándole indudablemente poco hábil.

—¡Sí; hay un lago, si es que esto puede ser de algún interés para usted!... —respondió un poco nervioso—. Pero, ¿qué tiene que ver eso con...?

—Vayamos ahora a examinar la ventana por el lado de fuera —repuso Paddy guiñando un ojo a Bob.

Este, que había escuchado con asombro todas las observaciones de su jefe, suponía que tenía alguna pista, pero no podía sospechar cuál fuese ésta.

Sin embargo, siguió a él y a sir Herbert alrededor de la casa hasta llegar a la ventana del hall, donde se detuvieron.

Examinando minuciosamente el camino de grietas, el detec-



tive descubrió unas cuantas huellas de pies, que fué siguiendo hasta la otra ala del edificio, que estaba cubierta de hiedra. En el suelo, había tiradas algunas hojas de esta planta; el detective miró para arriba y vió una ventana bastante alta.

—¿A qué cuarto corresponde esa ventana?—preguntó.

—A la habitación del chófer.

—¿Dónde está el chófer en este momento?

—Ésta es la hora que él tiene libre... y que generalmente aprovecha para dar un paseo.

—¡Ah!—murmuró Paddy—. Después que haya echado un vistazo al cuarto de Medlow, quisiera que me prestara usted una pértiga larga.

—Bueno—respondió sir Herbert—. Venga usted conmigo y yo le conducire arriba.

Y los condujo alrededor del edificio hasta el otro lado donde había una puerta abierta. Subieron las escaleras y, en el segundo piso, sir Herbert señaló a una puerta. Paddy llamó a ella con la mano, pero no contestó nadie y entonces entraron en lo que era una habitación de dormir. Lo primero que hizo el detective, fué inspeccionar el antepecho de la ventana, descubriendo que alguien había entrado por allí recientemente. Después examinó todo el cuarto y, sonriendo, se puso a gatas en el suelo, metióse, debajo de la cama y sacó un ovillo de cordel.

—¡Otra pista!—murmuró.

—¿Otra qué...?—preguntó sir Herbert.

Pero Paddy estaba inclinado de nuevo, observando el enrejado que había delante de la chimenea. En él se veían unas pequeñas partículas que parecían de polvo pero que tenían mucho resplandor. Después de examinarlas más minuciosamente con la lupa, se puso en pie y sacudió el polvo de las rodillas, declarando:

—¡Medlow es el ladrón!

—¡Cómo! ¡Pero su afirmación es muy precipitada! Yo no encuentro el menor motivo para sospechar de él.

yas. Entonces, su vista fué a dar en la cachiporra de hierro colgada de la panoplia y la cogió...

—Pero, ¿para qué?

—Llevó la cachiporra a su habitación—continuó Paddy—, y ató a ella las alhajas; luego ató la cachiporra a una cuerda larga... (ahí está el rollo de donde la ha sacado), y se dirigió al lago que hay en la finca. Metió la cachiporra con las alhajas en el agua; ató el otro extremo de la cuerda a alguna raíz o arbusto de la orilla, para poder pescar el botín cuando las sospechas se hubieran apaciguado.

Paddy sacó de un armario una chaqueta que sir Herbert dijo usaba Medlow con frecuencia.

—Trailer va a demostrarnos si estoy o no en lo cierto—dijo Paddy—. Volvamos a la ventana del hall.

—¡Ahí lo tiene usted, sir Herbert. El sabueso nos prueba que Medlow es el ladrón. Ahora quiero que usted me dé una caña o una pértiga larga y fuerte.

Pusieron a Trailer en el rastro de nuevo y el perro salió trotando llevándolos directamente a un pequeño lago que había oculto en el bosque de la finca.

—¡Aquí hay un cordel atado a unos espinos y metido dentro del agua!—exclamó. Y cogiendo la pértiga de bambú pescó el cordel con ella. Sir Herbert tiró del cordel hasta encontrar atada al extremo una pequeña porra de hierro.

—¡Medlow se ha llevado ya las alhajas! Se conoce que estaba tan apurado que ha vuelto a tirar la cachiporra al agua—repuso Paddy—. Supongo que usted le habrá dicho que yo venía, ¿eh?

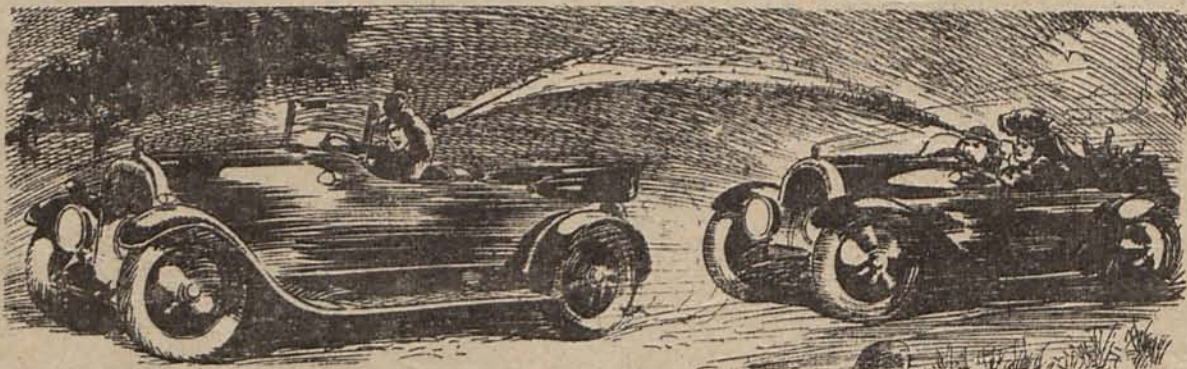
—Efectivamente—gruñó sir Herbert.

Trailer, puesto de nuevo en la pista, fué corriendo hasta el garage de la Granja, que estaba situado en donde el camino de la finca se unía con la carretera pública.

—¡Ahí va Medlow en mi automóvil!—gritó sir Herbert.

—¡Y tenga usted por seguro que se lleva consigo los brillantes!—afirmó Paddy mientras saltaba al automóvil, cogía el volante y salía disparado en su persecución.

Trailer también se metió en el coche de un salto.



—Ya le enseñaré yo los motivos—dijo Paddy—. Medlow sabía, por supuesto, que usted poseía esos brillantes, pues por algunas cosas que he observado, deduzco que él está muchas veces fuera de casa.

—Tiene usted razón; sí, señor: muchas veces hace trabajos en la casa.

—Para robar las joyas tenía que empezar por proporcionarse una llave con que poder abrir la puerta del salón—explicó Paddy—, y la única ocasión en que la llave no estaba en poder de usted, era mientras usted se hallaba dentro del salón.

—¡Ya, ya!

—Yo noté en seguida que la cerradura estaba recién acedada. Probablemente, Medlow cogió la llave mientras usted estaba en el salón, hizo una impresión de ella en cera y volvió a meterla en la cerradura. Una vez que tuvo la llave hecha, vió que estaba demasiado apretada y tuvo necesidad de limarle los bordes; estas limaduras las hizo encima del enrejado de la chimenea, donde todavía pueden verse las partículas de lo limado.

Sir Herbert estaba boquiabierto.

—¿Quién lo hubiera pensado!—exclamó.

—Medlow creyó que despistaba más descolgándose desde su cuarto por la hiedra, hasta la ventana que de antemano había dejado abierta, en lugar de salir por la puerta de esta ala. Con la llave abrió la puerta del salón sin ninguna dificultad y descerrajó el escritorio valiéndose de una palanca... yo reconocí en seguida las señales. Pero, una vez cometido el robo y cerrada la puerta, se puso nervioso. Sospechó que él y su habitación, así como las de los demás, iban a ser registradas y su obsesión fué buscar un modo de esconder las jo-

Viéndose perseguido, el chófer dió la mayor velocidad que pudo. Y entonces, Bob tuvo una inspiración. Sacó de la caña un cohete cuyo palo metió en el hueco de la caña de bambú; apoyó la pértiga sobre el parabrisas y aplicó una cerilla a la mecha del cohete, que explotó hacia adelante dejando una estela de fuego. El proyectil dió a Medlow en la espalda y lo hizo caer de lado, envuelto en una lluvia de fuego dorado.

El chófer se volvió atemorizado y, al hacerlo así, volvió también el volante, obteniendo por resultado que el coche se desviara de la carretera y quedara incrustado en el terreno cenagoso del páramo.

Paddy pudo parar a tiempo el suyo, y saltando él y Bob a tierra, cogieron a Medlow y le hicieron prisionero. El chófer se resistió, pero Bob se apresuró a ponerle las esposas.

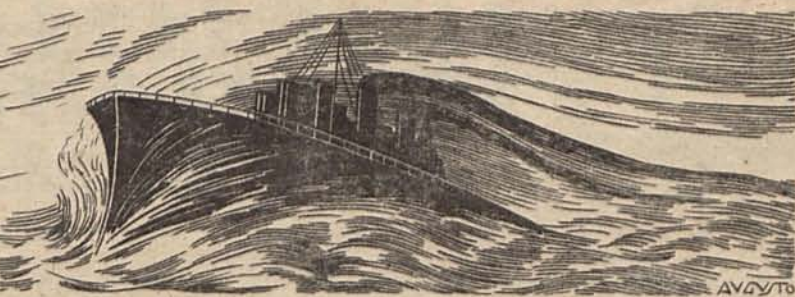
Al registrarle, encontráronle en un bolsillo una cajita de piel empapada en agua que contenía doce grandes y hermosísimos brillantes. Y Medlow confesó cómo los había robado, que era exactamente lo mismo que Paddy suponía.

Sir Herbert pagó una buena cantidad a los detectives por haberle recuperado las piedras, y no se cansa nunca de contar cómo Paddy O'Darrel averiguó un caso tan desconcertante como aquél, por algunas pistas diseminadas.



EL CRUCERO SIN NOMBRE

POR A. M. GIANELLA



(Continuación.)

«Puesto que en Irlanda el Gobierno de Inglaterra continúa oprimiendo al pueblo de los Paddy, negándole, no sólo aquella independencia que de derecho le pertenece, sino quitándole todo —el pan, la fuerza, el honor, la dignidad—, dejándole tan sólo los ojos para llorar, el Comité secreto de los Fenianos supervivientes ha acordado emprender una guerra a muerte y me ha dado orden a mí, comandante de *El Crucero sin nombre*, de presentar o aceptar batalla con cualquier nave en que ondee la Unión Jack (1).

«Por cuanto esta medida pudiera parecer al mundo civilizado un bárbaro anacronismo, un feroz absurdo, el Comité secreto, por unánime acuerdo, ha decidido no desistir de su empeño hasta tanto que el fin propuesto no haya sido alcanzado e Irlanda haya obtenido el bienestar económico y moral que el yugo inglés le ha quitado.

El comandante de *El Crucero sin nombre*,
X.»

Firmado el escrito con esta simple sigla, Alberto Wendover enroscó el papel, le introdujo en una botella forrada de corcho y de sutiles laminillas de hierro, cerró y selló perfectamente la boca y arrojó al mar, por el ventanillo, el extraordinario mensaje, murmurando:

—Anda; si te llegases a perder o te creyesen la broma macabra de algún burlón, tanto peor; no tardarán mucho en desengañarse.

Un golpe dado en la puerta le hizo dar un salto.

—¿Qué se quiere de mí? —dijo arrugando la frente.

—Comandante... —llamó una voz agitada.

—¿Sois vos, Mop?

—Yo soy.

—Pasad... ¡oh! ¿qué os pasa?

El ex ladrón entró; estaba palidísimo.

—Perdonadme, comandante —dijo despacio, —¿me habeis creído alguna vez imbécil?

—Oh, no.

—¿Un pusilánime?

—Vamos, querido Mop; ¿habreis perdido la cabeza?

—Hum...

—¿Caracoles!, explicaos; ¿porque tan extrañas preguntas? ¿Qué os pasa?

—Lo que me pasa es que por primera vez en mi vida he tenido una curiosa sensación...

Alberto sonrió con un poco de amargura.

—Ya se de qué se trata —exclamó, —estais enamorado.

Mop movió la cabeza.

—Os engañais, comandante —repuso—, lo que siento no es amor.

—Entonces es...

—Miedo.

—¿Miedo... vos?

—Yo.

—En tal caso debe haber un motivo bien grave.

—En efecto.

—¿De qué se trata?

—De esto: hace algunas horas que en este barco ocurren cosas que no me placen. Vos sabéis que detesto los misterios...

—Sí, pero en todo cuanto sucede aquí, nada hay de enigmático: la casualidad ha enviado a bordo de mi buque al hombre que odio y que ha sido causa de mi ruina y, naturalmente, me aprovecho de ello para completar mi venganza. No veo, mi querido Mop, el misterio que pueda inquietarnos...

—¿No lo veis?... Explicadme, pues, qué quiere decir este enigma.

—¿A saber?

—Cuando me disponía a salir al puente para asistir en vuestra compañía al sepelio de los seis cadáveres, un extraño rumor llegó hasta mi oído.

—¿Se trataba...? —preguntó el comandante, prestando, casi involuntariamente, mayor atención al ex-ladrón.

—Ante todo —continuó Mop— de algunos lamentos que salían del fondo de la bodega que comprendí inmediatamente no procedían de ninguno de nuestros heridos.

Alberto Wendover, al oír estas palabras, se turbó, mas su rostro no mostró ninguna inquietud.

—¡Ah!, ¿lamentos? —dijo.

—Sí.

—¿Y si yo os ordenase, amigo mío, no volveros a ocupar de ello, por cuanto es cosa que no os importa?

—Yo acataría esa orden, señor comandante, pero os rogaria tuvieseis en cuenta que, en el rumor que yo he percibido, se notaba, además de los lamentos, algo insólito, misterioso e inquietante...

—¡Diablo!, explicaos mejor, y daos prisa.

Mop hizo un ademán de revelación.

—Comandante —dijo, puedo engañarme, más temo que un peligro serio nos amenaza.

—Un peligro..., ¿y de qué clase?

—No aludo a ningún ataque de barcos enemigos.

—¿Entonces?

—Hablo de un peligro interno, que dudo en exponer porque bien pudiera ser una ilusión de mi oído.

—¿Algún complot, quizá?

—No sabría...

—¡Ah!, ¿habría alguno que osase siquiera pensar en una conspiración?, ¡Ay, del imprudente!

—No digo eso, y os ruego que no os alarmeis: tan solo os pido contesteis sencillamente a esta pregunta: ¿quién está encerrado en la bodega?

—Jaime Davy.

—Lo suponía; ¿como fué llevado allá?

—No fué llevado, fué precipitado.

—¡Dios mío!..., ¿y desde qué altura?

—Desde el camarote en que nos dejasteis.

—¡Misericordia!... El infeliz lo pasará bastante mal.

—Es de suponer.

—¿Y habeis sido vos quien le ha echado allí?

—No —respondió Alberto Wendover con irónica sonrisa —ha caído por sí mismo por haberse hundido, de improviso, el suelo bajo sus pies.

—Ah, comprendo..., pero, siendo así que los pisos de la nave son insensibles a los terremotos, alguien habrá hecho el milagro.

—Sin duda.

—¿Y ha sido...?

—Un simple botón oprimido a tiempo por una mano pronta y segura.

Mop permaneció un momento pensativo; luego dijo con un poco de vacilación:

—Si un hombre intentase un acto criminal en la bodega del crucero, ¿tendría posibilidad de llevarlo a cabo?

—Según como fuese ese intento, y los medios que tuviese a su disposición.

—Es natural.

—¿Eran tales sospechas las que teniais...?

—Sí, pero comprendo que es un absurdo.

—Veámoslo.

—Figuraos..., sospeché que Jaime Davy hubiese podido, preso de una loca desesperación, abrir algún boquete en la obra viva del crucero y dar de este modo acero al agua para que penetrando en las bodegas, ahogase el buque.

(Continuará en el número próximo.)

Sandokán. Dos tomos.

DE LA COLECCIÓN SALGARI: La mujer del pirata. Un tomo. CADA TOMO, 1,25 ptas.

Los estranguladores. Un tomo.



HAICAR EL VISIR SABIO Y NADAN EL VISIR INGRATO

CUENTO DE LAS MIL Y UNA NOCHES

(Continuación.)

—¿Qué prodigio acabamos de ver?
—No sabemos nada de todo esto —contestaron los asirios.

Faraón estaba extasiado; pero la admiración de los sacerdote había llegado al último límite. Al fin el monarca, recobrando el uso de los sentidos, les preguntó qué pensaban de aquella maravilla.

—¡Señor! —le respondieron—. Es una magia soberbia, por encima de todo esfuerzo humano, y que sobrepasa a nuestra inteligencia.

El rey se dirigió entonces a Haicar y le dijo:

—¡Abicam! ¿Qué nombre das a la maga o a la diosa que acaba de aparecer a nuestros ojos? ¿Adónde han ido los genios que ella manda?

—¡Poderoso monarca! —respondió Haicar—. Aquí no hay maga, ni diosa, ni genio: no habéis visto más que a una mujer y a dos niños; pero ellos son súbditos del rey Sinharib.

—¿Los volveremos a ver?

—Ellos deben de construir tu palacio, del cual la mujer que has visto es el arquitecto; mira al cielo, que ya bajan los obreros.

Y así que los pájaros estuvieron al alcance de la vez, Haicar les gritó:

—¡Esclavos de Sinharib! ¡Cumplid vuestro deber!

En el mismo instante reaparecía la mujer; con un golpe de su varita trajo a los niños encima de su cabeza y les dijo:

—¡Obreros! Los cimientos para vuestro edificio están ya cavados; pedid los materiales que necesitéis para empezar a trabajar; aquí están las medidas.

Y les arrojó a la vez un ovillo de cintas; los niños lo cogieron y dirigieron su vuelo hacia el lugar en que los obreros esperaban con todos los materiales que habían acumulado; Faraón se trasladó al mismo sitio, y los sacerdotes, seguidos de los astrólogos, fueron a mezclarse entre los obreros.

Los *rojs* se ciernen durante algún tiempo por encima de los obreros; se abaten de modo que sus conductores pueden hacer llegar hasta abajo sus voces claras y argentinas, diciendo:

—¡Súbditos del rey Faraón! Dadnos piedras, cal, arena para que podamos levantar el palacio que desea vuestro rey.

Los esclavos del rey de Egipto y los obreros se quedaron con la boca abierta.

—¡Gran rey! —gritó la dama desde lo alto de su torre—. Los etíopes que tienes a tu servicio son holgazanes. Usa ahora de todo tu poder y del resorte que da la energía a los corazones envejecidos por la esclavitud: ordena que los azoten en las plantas de los pies.

Faraón siguió inmóvil. Asfagni entonces dirigió la palabra a sus propios obreros, diciéndoles:

—¡Súbditos del rey Sinharib! Vuestro señor quiere complacer en todo al rey Faraón; si os es imposible tocar la tierra, rozadla al menos, poneos al alcance de los que no os pueden ayudar.

Y haciendo a la vez un signo con su varita, al cual estaban acostumbrados a obedecer, los dirigió, y ellos hicieron intención de abatirse en vuelo circular; los etíopes se arrojaron de cara a la tierra; aquellos que, estupefactos, se habían quedado de pie fueron derribados bruscamente por las patas de los *rojs*.

Los sacerdotes de Osiris, formando un círculo, cuyo centro lo ocupaba su jefe, seguían a pie firme: el designio que habían formado de disipar con sus miradas el encantamiento que creían estar viendo los había reunido en aquel lugar en forma circular. Para oponer, al menos en apariencia, una varita mágica a otra, habría sido necesario que su jefe hubiera conservado la cabeza; pero, al ver el descenso de los niños, se había quedado extasiado y la señal de su potencia se le había caído de las manos; todo su séquito estaba como petrificado, cuando un signo de la varita verdaderamente activo dirigió la tormenta hacia aquel lado. Ante la prontitud y el ruido de los *rojs* que les rodeaban, los unos se precipitaban sobre los otros; se pisaban sus largos vestidos, no pudiendo escapar; y al poco rato aquel colegio de sabios no era más que un bloque inanimado. La explanada, ocupada antes por un público innumerable, parecía un desierto lleno de escombros. Faraón, cuya alma era orgullosa y llena de energías, fué el

único a quien la admiración no abatió: él dirigió la palabra a Haicar, que había estado siempre a su lado:

—¡Abicam! Yo me he deslumbrado con quimeras, las apariencias me han enajenado. Rodeado por mis magos, me fié demasiado en su poder. Había presumido que, después de la muerte de Haicar el Caldeo, no había un hombre en toda la Asiria que pudiera entrar en la liza conmigo. Tú me has probado lo contrario y me obligas a concederte la estimación de que hasta aquí te he dado muy débiles muestras. Señor de un pueblo industrial, me creía más potente que Sinharib; él no me pone enfrente más que a una mujer, y hace de mi pueblo una legión de autómatas. ¡Quiero a todo trance ser el amigo y el aliado de tu rey! Sé tú nuestro mediador. Ven mañana a mi palacio, y todas nuestras condiciones serán cumplidas.

A pesar de este discurso, se puede presumir que el rey de Egipto, confesando tan paladinamente su derrota, sentía una fuerte mortificación interior; pero era político, y resuelto a cubrir por los procedimientos más nobles el verdadero motivo de su determinación, trataba de ocultar los peligros que le amenazaban por el resentimiento de Sinharib.

Los *rojs* y sus conductores desaparecieron así que la dama, cuyas ordenes dirigían estas maravillas, había visto su efecto; ella entró otra vez en su torre, que se volvió a cubrir con el velo misterioso. La llanada, que parecía desierta, se llenó otra vez de gente. Faraón, seguido de su corte, retornó a su palacio. Haicar se apeó del caballo, mandó dejar las armas a los de su escolta, que se retiraron a las tiendas. Los *rojs* y sus guías, que se habían ocultado en el bosque vecino, volvieron a sus torres, a meterse debajo de sus redes. Haicar y Asfagni, desarmados, se felicitaron mutuamente del buen éxito de su ingeniosa superchería y se pusieron de acuerdo sobre la conducta a seguir en adelante.

—Yo no cederé —dijo Haicar— en ninguna de las condiciones señaladas, y desde mañana todo quedará convenido. La imaginación del rey de Egipto está afectada vivamente, y su pueblo comparte el mismo asombro; yo me aprovecharé de esta disposición en favor de los intereses de Sinharib; hay que llenar el tesoro que Nadán deja agotarse, hay que restablecer las fuerzas del reino, hay que poner las fronteras en condiciones de defensa. Si Faraón llega a saber que ha sido víctima de un engaño, no podremos resistir su enojo. Por tanto, en cuanto lleguemos al retiro, donde quiero detenerme antes de ir a Ninive, haré llevar al desierto a los *rojs* por medio de un cazador de mi confianza, que apartará por la noche a los niños y se los traerá en un camello. Sinharib no podría resistir la curiosidad de ver ejecutar ante él las maniobras que acaban de asombrar al Egipto, y es preciso dejar subsistir en el espíritu del rey, y hasta en el de los asirios, la opinión de lo maravilloso: esto dará confianza a nuestros pueblos y les impedirá arrojarse en las cadenas de sus enemigos tratando de evitarlos. No es que yo quiera abusar del rey de Egipto en todos los puntos; pero él no ha de saber por mí las verdades que importa que ignore. Yo debo, por mi carácter y por el de embajador, decirle en su debido tiempo quién era Abicam; para eso emplearé la astucia de que me he servido, haciéndole llegar, por medio de un supuesto correo, una carta de Sinharib que yo había traído firmada y sellada desde Ninive, a fin de emplearla en ocasión oportuna.

Después de tales consideraciones, los esposos se tranquilizaron y esperaron sin inquietud los sucesos del siguiente día.

Todo estaba listo en la ciudad del Cairo y en el palacio del rey para recibir magníficamente al embajador asirio. Ya no se le trataba como enviado de un príncipe considerado antes como vasallo de Faraón: una comisión de grandes dignatarios de la corte salió a esperarlo fuera de las puertas de la ciudad, y cuando se acercó al trono, el soberano, después de haber recibido su homenaje, bajó de su silla para abrazarle.

—¡Querido Abicam —le dijo—, hombre extraño y maravilloso! Tu presencia, tus palabras, tus acciones me han hecho saber lo que es el rey Sinharib. Yo mando a millares de esclavos; él, a hombres. La Asiria tendría de qué alabarse aunque no hubiera producido más que a Haicar y a ti. ¿Tú serás, sin duda, discípulo de este sabio? ¿Lo conociste mucho?

(Continuará en el número próximo.)

EL HOMBRE DE LOS BOSQUES

— POR EMILIO SALGARI —

(Conclusión.)

El desgraciado aún vivía, pero no se encontraba en mejores condiciones que su compañero.

El feroz asesino le había sacado las tripas de un navajazo, y la sangre brotaba a chorros de la horrible herida. Todavía no estaba muerto.

Al ver al sargento, hizo ademán de levantarse; pero cayó en seguida, lanzando un gemido desgarrador.

—... Hombre blanco... estoy muerto... —murmuró—. El monstruo... el brujo... el espíritu de la noche...

—¡Desdichado! —exclamó el sargento—. Si te hubieras quedado con nosotros no estarías ahora agonizando, mutilado de este modo... ¿Dónde está el monstruo?

—No lo sé... estaba allí... en aquel árbol... se nos echaba encima... ha huído después de haberle hecho fuego...

—¿Le has herido?

—¡Qué sé yo!... Soy hombre muerto... se acabó... soy hombre muerto...

—¿Quién era? ¿Le has podido ver? —preguntó el sargento.

El negro hizo un esfuerzo supremo para hablar; pero de sus labios contraindidos no salió más que un ronco quejido que se apagó casi inmediatamente.

Abrió los ojos, lanzó un largo suspiro y fué sacudido todo su cuerpo de una última y horrible convulsión.

—¡Se acabó! —dijo el sargento — ¡Pobre hombre!

Volvióse hacia los dos soldados, que miraban por todas partes con los fusiles apuntados, y les dijo:

—Ven guémosles, compañeros. Si no los gramos matar a ese monstruo sanguinario, la ruina de la factoría será completa. Mañana no quedará ni una sola familia en el Pangani.

—¿Quién podrá ser ese bandido que se divierte en matar a los negros y en estrangular a las mujeres? —preguntó uno de los soldados.

—La verdad, amigo Kanger, no sé qué decirte. Me figuro que debe ser algún formidable bandido que ha jurado la destrucción de nuestro poblado.

—¿Es entonces un hombre?

—¿Creerías tú en los espíritus? —preguntó el sargento en tono irónico.

—¡Oh, no!... Pero... no me explico...

—¿Tienes miedo?

—Soy un buen soldado, mi sargento, y un alemán no tiembla nunca.

—Entonces, muchacho, vamos en busca del asesino. No saldremos del bosque hasta que lo hayamos matado o cogido vivo. No debe encontrarse muy lejos. Abrid los ojos, y apenas lo descubráis, haced fuego sin esperar que yo lo mande.

Dejaron al pobre Timbo y dieron la vuelta a la maleza, registrándola bien, y siguieron dando vueltas, cada vez más anchas, observando todos los árboles uno a uno.

¡Nada! ¡No encontraron nada! Y sin embargo, estaban convencidos de que no se encontraba muy lejos.

Después de haber dado diez vueltas a aquella maleza, decidieronse a registrar otra parte del bosque, suponiendo que el monstruo se había marchado sin que le viesen.

—Debe haber tenido miedo de nosotros —pensaba el sargento—. No se atreve a atacar a los blancos.

Caminaron una hora, dos y tres más, moviéndose con precaución, en torno de los árboles, registrando las partes más intrincadas del bosque, hasta que cansados y algo desalentados, decidieron sentarse para comer.

Escogieron un lugar despejado para no ser sorprendidos, poniéndose los fusiles entre las piernas, y sacaron las provisiones que llevaban.

En el bosque reinaba un profundo silencio. No se oía ni siquiera el canto de un pájaro y no se veía ninguno de los animales que se encuentran siempre en las orillas del río Rufidji.

Habían terminado ya de comer y estaban a punto de encender las pipas, cuando oyeron en medio del bosque un aullido formidable.

—¡Boc! ¡Boc! ¡Boc!

El sargento y los dos soldados pusieron en pie con los fusiles prontos a hacer fuego.

—¡Boc! —exclamó el primero, mirando maravillado a sus dos compañeros—. ¿Qué significa este grito?

—¿Acaso es un grito humano? —preguntó Kanger—.

—¿Habéis oído cuán fuerte era? No creo que pueda haber salido de una garganta humana.

—Vamos a ver quién lo ha lanzado —dijo el sargento.

Dirigieron hacia el lugar de donde habían salido los gritos, arrastrándose por debajo de las ramas de aquella intrincada maleza.

Mientras avanzaban oían de vez en cuando crujidos de ramaje y ruido de hojas, y alguno que otro gruñido.

—No puede ser un hombre —dijo el sargento a sus compañeros—. Estos gruñidos son de un animal.

—¿No será algún leopardo? —preguntó Kanger.

—Jamás he oído a dichas fieras gritar ¡Boc! ¡Boc!

—¿Qué será entonces?

—Ya lo veremos.

Siguieron avanzando. Ya no oían crujidos de ramas ni ruido de hojas. El estrangulador de mujeres debía haberse escondido en algún sitio para caer de improviso sobre los cazadores.

—¡Poco a poco! —exclamó el sargento—. Sed prudentes; estamos cerca de él.

En aquel momento, una tupida maleza se abrió, y un ser espantoso apareció ante sus asombrados ojos.

No era un hombre, aquel terrible negro, como hasta entonces todos habían creído.

Era, por el contrario, un mono de dimensiones enormes, uno de aquellos monstruosos gorilas que a veces se encuentran en lo más espeso de los bosques del centro de Africa y que, impulsados de indescifrables caprichos, emprenden con cierta frecuencia largas emigraciones hacia las costas.

Era, en fin, uno de aquellos terribles cuadrumanos que los negros llaman hombres de los bosques y que les inspira más miedo que los leones, leopardos y cocodrilos.

Tenía más de dos metros de altura; era enormemente grueso, con brazos y piernas nudosas cual grandes ramas de un árbol; el pelo





largo, negro y rizado; el cráneo deprimido; la cara alargada; la nariz aplastada y la dentadura tan sólida, que parecía capaz de romper el cañón de un fusil como si se tratase de una caña.

Como digo, esos monstruos, afortunadamente raros y cuya existencia ha sido puesta en duda hasta hace unos cuarenta años, habitan los más intrincados bosques del África central.

Durante muchos años viven en familia; pero, cuando empiezan a envejecer se hacen solitarios y vagabundean por los bosques, como avergonzados de no ser ya jóvenes, y entonces resultan extraordinariamente peligrosos.

Muy fuertes, al extremo de que una veintena de hombres no serían capaces de cogerlos vivos; dotados de un valor a toda prueba, no tienen miedo de los hombres ni de las bestias feroces.

Esperan a los cazadores a pie firme, y si éstos no logran inutilizarlos del primer golpe, pueden considerarse perdidos.

El enorme gorila se les echa encima y les destroza.

Acércanse a menudo hasta las aldeas para raptar a las mujeres, que estrangulan, arrancándoles después las uñas de manos y pies.

El sargento había oído hablar vagamente de aquellos hombres de los bosques; pero, como no había visto ninguno, no había creído jamás en su existencia.

Y al encontrarse tan de improviso frente a uno de aquellos campeones, en pleno bosque, se había quedado titubeante y casi espantado.

El gorila no había atacado. Parándose en medio de la maleza, irguióse de toda su estatura, rechinando los dientes y golpeándose el pecho con los puños, mientras todo su pelo se ponía de punta.

Resoplaba como un tigre en cólera y lanzaba aquel grito que ya habían oído los tres soldados y que tanto les había intrigado:

— ¡Boc! ¡Boc Boc!

— Sargento — dijo Kanger con voz temblorosa —, esto debe ser el diablo. ¡Huyamos!

— ¡Jamás me volveré atrás! — contestó el veterano —; y apuntó con el fusil, dispuesto a hacer fuego.

El gorila, viéndole en aquella actitud, cogió un bastón o, mejor dicho, un grueso tronco de un árbol, lanzó un rugido espantoso y dió un salto hacia adelante.

— ¡Fuego! — gritó el sargento.

Tres disparos resonaron a un tiempo.

El gorila se encogió, levantóse en seguida y huyó a través del bosque, rompiendo ramas y raíces.

Corría tan de prisa, que en un instante desapareció de la vista de los cazadores.

— Confieso que jamás había experimentado una emoción tan profunda — dijo el sargento secándose el sudor de la frente —. Los escuadrones franceses que se echaron, cual furias, sobre nuestra división me dieron menos miedo que este monstruo terrible.

— Estoy temblando todavía — dijo Kanger —, y no sé si lograré calmarme.

— Y yo tengo las piernas paralizadas — dijo su compañero —. ¿Era un hombre o un mono? Confieso que aún no sé lo que era.

— Un mono, un gorila, un demonio, en una palabra, una terrible fiera! — replicó el sargento.

— ¿Habrá sido herido de muerte?

— Yo estoy seguro de haberle herido — dijo el sargento.

— Y yo también — contestaron a una los dos soldados.

— Vamos en su busca.

Cargaron de nuevo los fusiles y dirigieron hacia la maleza. El hombre-mono debía estar gravemente herido.

Por el suelo veíanse grandes manchas de sangre, y hasta manojos de pelo.

Habían andado unos centenares de pasos, cuando les llegó al olfato un olor horrible.

— ¿Qué olor es este? — preguntó el sargento parándose.

— Parece que procede de cadáveres en putrefacción — contestó Kanger.

— Ahora lo comprendo todo.

— Pues yo no comprendo nada, mi sargento.

— Debemos estar cerca de la guarida del gorila. El animal habrá estrangulado otras mujeres, robadas en otras aldeas, y las tendrá aquí a que se pudran.

— Silencio — dijo Kanger —. ¿No oye?

Roncos gemidos salían de una espesura de frondosos plátanos, cuyas hojas inmensas impedían ver lo que allí dentro pasaba.

— El gorila está oculto allí — dijo el sargento.

— No hay duda — contestaron los dos soldados.

Los tres se habían parado. La idea de tenerse que encontrar de

nuevo frente a aquel espantoso animal, que quizá no habían herido gravemente, les producía una fortísima emoción.

Trataron de descubrirlo para hacer una descarga; pero el gorila manteníase invisible, aunque seguía aullando y resoplando.

— Acabemos — dijo por último el sargento —. No hemos venido para escuchar sus ronquidos.

Y queriendo dar a sus compañeros una prueba de valor, internóse en la espesura.

Apenas había andado cinco pasos, cuando sintió que de repente le cogían por las piernas y le levantaban en alto.

El gorila, que estaba agachado entre las hojas de los plátanos, le había agarrado con la intención de aplastarle el cráneo contra el tronco de un árbol.

El monstruoso hombre de los bosques presentaba un aspecto horrible. Tenía el pelo erizado y manchado de sangre, y gritaba como un demonio, abriendo sus mandíbulas.

El veterano no había perdido su sangre fría.

Como no había abandonado el fusil, con un rápido movimiento lo volvió, y apoyando la boca del fusil en el cráneo del animal, hizo fuego. Oyó a través de la nube de humo, un rugido espantoso; después sintió que se aflojaban las garras del mono, y por último, encontróse en el suelo con los pies por alto.

El gorila yacía frente a él con el cráneo destrozado. La bala le había atravesado el cerebro en el momento mismo en que los dos soldados le fulminaban con dos descargas dirigidas al corazón.

Al registrar la maleza, los tres valientes cazadores encontraron unos cuantos esqueletos y dos cadáveres de mujeres, estranguladas días antes.

Despellejaron, no sin cierta repugnancia, al terrible hombre de los bosques, y regresaron triunfantes a Pangani, entre los aplausos de la población.

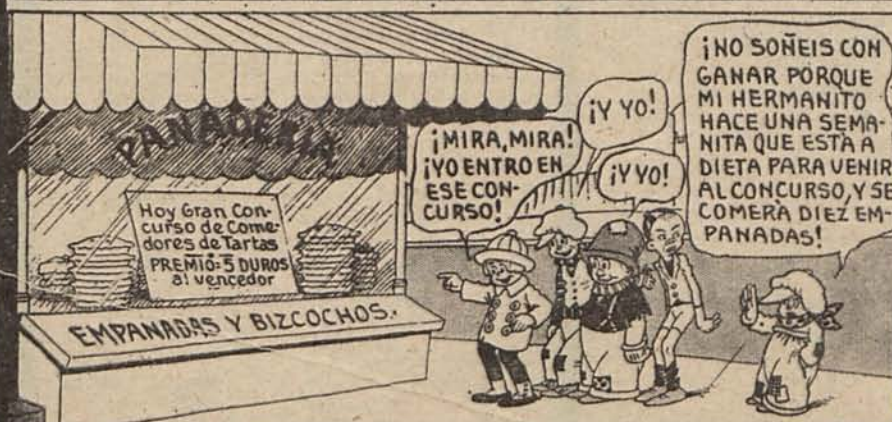
Desde aquel día la calma retornó al poblado, de donde no volvió a ser raptada mujer alguna, y hoy Pangani se ha convertido, gracias al valor desplegado por su pequeña guarnición, en una de las más pobladas y prósperas factorías del protectorado alemán de la costa de Zanzibar.

FIN





COLORÍN Y SU PANDILLA



UNA DE LAS TRECE FILAS DE SOLDADOS QUE COMPONEN LA MAGNÍFICA CAJA CON 268 PIEZAS QUE PINOCHO REGALA EN EL TERCER GRAN SORTEO DE REGALOS A SUS SUSCRITORES (2.º PREMIO)

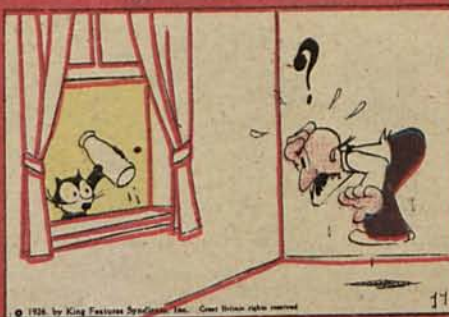
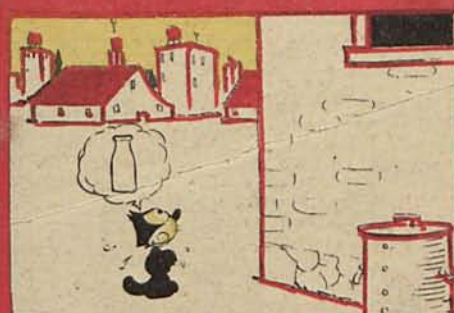


DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y D. TURULATO





PACO MORRONGUIS, EL GATO TRAVIESO.



LAURA, LA COTORRA INDISCRETA





OYE, CARAMÓN.
¿TE GUSTARÍA
VIVIR EN UN HO-
TEL COMO ESE?



¡MI HERMANO PO-
TIPAN HA VIVIDO
AHI HASTA QUE
LO ECHARON!

POTIPÁN Y CAÑAMÓN



¡ME HAN AVISADO DE ES-
TA AGENCIA PARA DAR-
ME UN CARGO MUY
DISTINGUIDO!

LA REGLA
DE
TRES
AGENCIA DE
COLOCACIONES



FIGÚRESE QUE ME HE
QUEDADO SIN DONCE-
LLA Y HOY LLEGA DE
HUÉSPED A MI CASA
EL GRAN TENOR
RENACUAJINI. ¡QUÉ
CONFLICTO!

BUENO, YO
VERÉ SI PUE-
DO SACARLA
A USTED DEL
CONFLICTO!



¡QUIZAS A
ESTA SEÑO-
RITA LE CON-
VENGA!

¡AH! SEÑORI-
TA, HOY LLEGA
A MI CASA UN
GRAN TENOR Y
NECESITO...

¿UNA TI-
PLE? ¡SI,
YO IRÉ!
¡CON MU-
CHO GUS-
TO...



¡HACE MUCHO QUE NO CANTO,
PERO ME ENTREMARÉ PRON-
TO! ¡AUN RECUERDO AQUE-
LLO DE...
¿QUISIERA SER TAN ALTA
COMO LA LUNA, ¡AY! ¡AY!

¡OH!



¿HABRASE VISTO DES-
VERGÜENZA MAYOR?
¡OFECERME CINCO DU-
ROS POR SERVIR DE
AYUDA DE CÁ-
MARA A UN
TENOR!

¿HAS DICHO
CINCO Duros?



¡SEÑORA,
YO HARÉ
ESA TAREA!

¡MUY BIEN, VAYA A MI CA-
SA Y QUE LE DEN EL
UNIFORME DE
AYUDA DE CÁ-
MARA EN SE-
GUIDA!



¡LARGO DE AQUI
Y VENGA ESE UNI-
FORME AHORA
MISMO!

¡OH! PER LA
SANTA MA-
DONA!



¡LA SEÑORA TE
HA PUESTO AL FRES-
CO! ¡AHORA EL UNI-
FORME ES MIO!

¡NO SEAS MEN-
DRUGO O TE
CHAFO LAS
NARICES!



¡ME ALEGRO QUE VENGA
USTED! ¡SU CRIADO NO
QUERIA DARMEL UNI-
FORME Y HE TENIDO QUE
QUITARSELO Y LO HE
ENCERRADO EN LA CAR-
BONERA!

¡QUE HO-
STOR! ¿Y
AUN ESTA
ALLI?



¡CIELO SAN-
TO! ¡SI ES
EL TENOR!

?



¡IMBECIL! ¡MAJADERO!
¡IDIOTA! ¡HA ENCE-
RRADO USTED AL
GRAN "RENACUAJINI!"

¡CARAY!
¡SI QUE
ME HE LUCI-
DO!



¡SEÑOR, YO
LE EXPLI-
CARÉ...

¡OH! ¿QUESTA
CASA ES LA DE
TÓCAME ROQUE!

¡DIGA USTED
QUE LA POBRE
ESTA LO
CA!

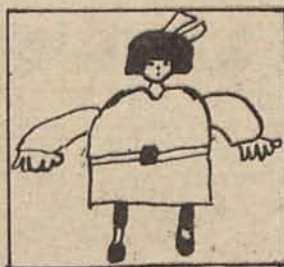


UNA DE LAS TRECE FILAS DE SOLDADOS QUE COMPOENEN LA MAGNÍFICA CAJA CON 268 PIEZAS QUE PINOCHO REGALA EN EL TERCER GRAN SORTEO DE REGALOS A SUS SUSCRITORES (2.º PREMIO)

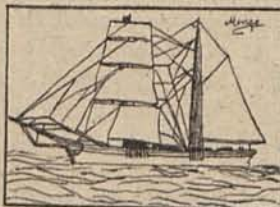
COLABORACIÓN PINOCHISTA

DEL MES DE FEBRERO

La visita de mi papá a casa de Pinocho.



Mi muñeca.
ISABEL U.—Siete años.



Un magnífico barco de vela.
GABRIEL MONJE.—Diez años.



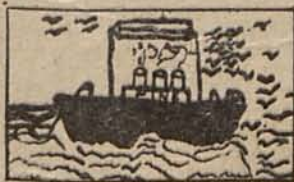
Mamá, cómprame
castañas.
EMILIA MARTÍNEZ.
Diez años.



Mi amiga.
JESUSA MORALES.
Once años.



La cocinera de Potipán.
E. M. R.



Un barco.
CÉSAR F. LUENGO.—Nueve años.

—¿En qué se parece el café a una persona que mete la pata?
—En que se cuele.

—¿En qué se parece un tren a una manzana?
—En que no es-pera.

—¿Cuál es el animal que come con la cola?
—Todos, porque ninguno se la quita para comer.

CARLOS BROOKING, PABLO YENSEN
FERNANDO RUIZ.
Doce, trece y doce años.



Unos pollos bien.
AURORA CARRASCO.—Diez años.

Un día fué mi papá a Madrid, y, como es natural, fué a casa de Pinocho, y me contó lo que había visto y yo os lo cuento ahora.

Dice mi papá:

«Pasé por varios patios, y en uno de ellos vi una casilla de un perro (que es la que hemos copiado para nuestra perra *Chiquita*). Llegué a un despacho donde había muchos papeles; allí me mandaron ir al despacho del director, que, como sabes, es Pinocho. Subí varias escaleras y llegué allí. Había unos estantes llenos de PINOCHOS y cuentos del famoso muñeco. Me senté a esperar a éste; cuando llegó le di tu carta, la estubo leyendo y, después, dijo: «—¡Ah! Esta niña es esa María Teresa Urrutia, de Valladolid. Ya sé quién es. Está muy bien.»

«Estuve un rato hablando con él, y después me despedí y me marché.

«Al pasar por un jardín me paré a ver cómo jugaban unos niños vestidos de Pinochos.

De repente, vi bajar al muñeco de madera, como alma que lleva el diablo, y saltándose 405 escaleras de una vez.

«Le pregunté: ¿Dónde va usted corriendo de ese modo, señor Pinocho? No ve usted que se puede caer y romperse las narices? Pero Pinocho me dijo muy serio: «—No se burla usted de mis narices, porque son una cosa muy seria; a lo que vengo es a darle este retrato mio para que se lo regale, de mi parte, a María Teresa.»

«Y me dió uno de los PINOCHOS que yo había visto antes en su despacho.

«Yo le di las gracias y le pregunté quiénes eran aquellos niños vestidos como él.

«Pinocho dijo: «—Son los habitantes de la isla de Pitimini, que los traje conmigo y los tengo así vestidos.

«Yo entonces le di las gracias por todo, me despedí nuevamente de él y me marché encantado de la amabilidad que tiene Pinocho para los papás de sus amigos.»

MARÍA TERESA URRUTIA.
Once años. Valladolid.

Un corazón noble.

Era una mañana cruel, de frío intenso, en los montes de San Bernardo. Un pobre vagabundo, de doce años de edad, se dirigía a un cercano pueblo para pedir hospitalidad. Caía la nieve a montones. Luis (que así se llamaba de nombre) iba completamente cubierto de nieve, cuando vio a unos hombres cortando riales; se escondió cerca y pudo oír lo que decía uno de ellos, por lo cual se dió cuenta de que querían hacer descarrilar al *express*, enterándose también que en él viajaba el primer ministro de la nación, motivo por lo que querían hacerlo descarrilar. Luis, ocultándose, fué a una distancia prudente, donde construyó un muñeco parecido a un espantapájaros, vistiéndolo con sus únicos vestidos. Murieron de frío y exponiéndose a morir sepultado, plantó el muñeco cara atrás. Pronto se oyó el silbido de la locomotora, quien a causa del intenso nevado iba a marcha prudente; pronto frenó, pues el maquinista creyó que era una persona desmayada, pues el fuerte viento hizo caer al muñeco en posición boca abajo, y el maquinista cayó en el engaño, contribuyendo la Naturaleza al mayor éxito de la empresa. Una vez enterados todos los viajeros, fue llevado triunfalmente a la capital del Estado. El primer ministro, que no tenía hijos, adoptó a Luis como hijo, y años después, Luis era un gallardo oficial, llevando sobre su pecho muchas condecoraciones, entre las que se encontraba la de Sufrimientos por la Patria, que ganó cuando el suceso del *express*, y que era la que más apreciaba.

FRANCISCO TRIGO MARÍN.
Doce años. Valencia.

El origen de las castañas.

(CUENTO)

Queridos amiguitos: ¿Queréis saber el origen de la castaña? Pues oidme unos instantes con toda atención. Vosotros habréis observado que cuando se asan las castañas emprenden una graciosa danza encima de las ascuas. Pues bien, vais a saber el por qué de la tal danza.

Allá por los años mil, o por los años de Maricastaña, las brujas, montadas en sus escobas, volaban por los tejados, chimeneas, etc. Existía una vieja muy vieja, a la cual denominaban con el pomposo nombre de la *Cascabelera*, porque hubo quien afirmaba que todas las noches, a las doce, se oía un enorme estrépito de notas musicales, como campanillas, pauderetas, cascabeles y otra porción de instrumentos; de lo que nosotros, siempre deseosos de indagar, hemos podido saber que todo aquel derroche de notas musicales no era otra cosa que las orgias que daban los espíritus en casa de la tía Filifa, la *Cascabelera*; ésta era, por tanto, el espanto de todos los niños y... de los mayores.

Con nadie trataba; todos huían de su contacto; ella no quería a nadie; sólo a un hijo. A éste, si; a su hijo Rhin lo amaba con verdadera pasión. El joven estaba prendado de la hechicera belleza de Dorinda, la que le huía como a la misma peste Rhin, apenado por la negativa de la bella Dorinda, no comía y siempre llorando, hasta que enfermó. Luchando entre la vida y la muerte estuvo mucho tiempo y al fin, pudo más la enfermedad que su naturaleza joven, y sucumbió.

La *Cascabelera*, entonces, llamó a todos los de la tribu diabólica, pidiéndoles un filtro digno de todo su odio hacia la infeliz Dorinda.

Un día que la halló en la calle la reer minó, culpándola de la muerte de su hijo Rhin. Esta no prestó oídos a las recriminaciones de aquella mujer odiada; pero la *Cascabelera*, poseída de rabia infernal, vertió sobre la joven un líquido oscuro e inmediatamente se convirtió en un castañar.

Por eso, al asar las castañas, danzan encima de las llamas, queriendo huir de la acción del fuego. Este es el origen de la castaña.

EDUARDO MARTÍNEZ COCA.
Trece años. Madrid.

—¿Quiénes son los que han hecho el viaje más económico a América?
—Pues los tripulantes del *Plus Ultra*, Aida, Durán y Rada, porque han ido con un *Francó*... y no lo han gastado.

ENRIQUE GONZÁLEZ.
Once años.

Un señor le pregunta a un portero baturo:

—¿Cuánto gana usted?
—No sé si cuatro mil riales al año o un rial cada cuatro mil años.

CARLOS SABAU Y BERGAMÍN.
Once años. Madrid.



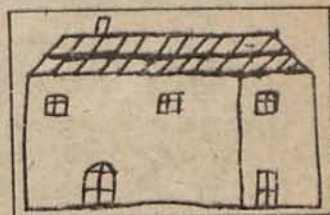
—¡Pobre perrito! ¿A que tu mamá no te compra PINOCHO?



Tito pateando.
COCO CRACIA.



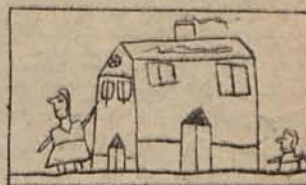
Don Turulato y Currinche.
NICOLÁS MENÉNDEZ



Una casita.
IGNACIO ALVARO.—Ocho años.



Mi hermano Antonio.
I. CÁCERES.—Córdoba.



La casa de Pinocho.
LOLITA GOROSTIZA.—Seis años.

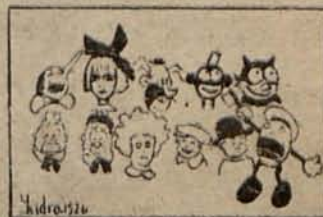
—¿Cuál es el ave más santa?
—El Ave... maría.

—¿En qué se parece un hombre rico a un limpiabotas?

—En que tiene pasta.
DAVID POVEDA. MODESTO.
Ocho años. Madrid.

CUPÓN DE COLABORACIÓN PINOCHISTA
CORRESPONDIENTE AL NÚM. 105
Envío del suscriptor (1) Don

(1) Sólo los suscritores pueden colaborar en esta sección.



Cuadro Pinochista.
ISIDRO GARCÍA.—Catorce años.



SECCIÓN PIRULA

CHARLAS DE PIRULA

Bailes de Carnaval. — ¡Carnaval! ¡Carnaval! ¿Verdad que es-

ta palabra suena en nuestros oídos con un alegre tintineo de cascabeles?

Estas fiestas de cuatro días duran en realidad sus buenos dos meses y pico; un mes de anticipación en que se regocija uno pensando en lo que se va a divertirse; un mes después, en que se saborea el recuerdo de lo que se ha divertido, y el pico... corresponde a los cuatro días durante los cuales se está uno divirtiéndose.

¿Qué es lo que más os gusta del Carnaval? ¿El ir por las calles echando confetti? ¿El presenciar el desfile de las carrozas? ¡No! ¡No! ¡Lo que más os gusta, lo sé, lo adivino (mascaritas, os conozco) es disfrazaros.

Pero no disfrazaros para estar en casa, que no vale la pena; ni para pasear, que eso ya no lo hace nadie; disfrazaros para acudir a bailes de trajes infantiles.

¡Eso, eso sí que es lo mejorcito del Carnaval!

(Claro que a veces no se va a ningún baile; pero entonces se ha ido el año anterior o se tiene la esperanza de ir al año siguiente; ya sabéis que el que no se consuela es porque no quiere.)

La elección de un disfraz suele constituir un terrible quebradero de cabeza para los papás.

Todo el mundo quiere inventar un disfraz muy raro, que a nadie se le haya ocurrido todavía... y acaba, más de una vez, conformándose con un traje de Pierrot, de clown o de Colombina.

Para facilitar el trabajo a sus invitados y también para que el salón de baile presente un efecto mejor entonado, algunas amas de casa dan bailes de conjunto. A mi entender son los más graciosos.

Las épocas antiguas y los países o regiones exóticos suelen, en estos, casos ofrecer amplio campo a la imaginación. ¿Que queréis lograr un conjunto abigarrado o pintoresco? Pues baile chino, ruso, holandés, escandinavo, bretón o japonés, hablemos. ¿Que preferís la suntuosidad pomposa? Pues elegid el baile velazqueño, o versallesco. Para los que gustan de un conjunto delicadísimo, nada mejor que un baile de trajes goyescos o de la época romántica, y para los aficionados al lujo y a la ostentación, un baile oriental.

Pero yo, la verdad, prefiero los bailes algo fantásticos o de pura imaginación; no aconsejo el baile de flores; tiene el inconveniente de que, en tanto que todas las niñas han de estar monísimas de rosa o de violeta, de azucena o de margarita, los niños, pasados los dos o tres años, resultarían complamente ridículos disfrazados de jazmín, de heliotropo o de tulipán.

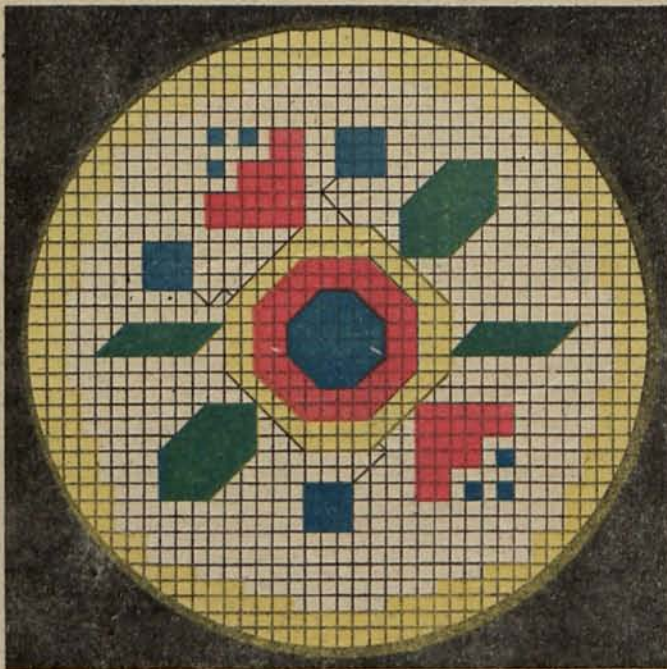
En cambio, nada más divertido que un baile de animales. Así dió uno —aquel era para mayores— una aristocrática dama de Londres; cada invitado representaba diferente animal, y todos se saludaban imitando el grito peculiar del animal elegido: los que estaban de perro, ladraban; aullaban, los de gato; rebuznaban los borricos, rugían los leones, etc., etc. El golpe de vista creo que era encantador; el «golpe de oído» me temo que no lo fuese menos.

Otra idea original es la de un baile de calles de la ciudad donde se celebra la fiesta. Tendríamos en Madrid, por ejemplo, una niña disfrazada de Puerta del Sol, otra de Clavel, un niño de Barquillo o de Almirante, etc., etc.

Pero la idea de baile de conjunto que más me encanta, y supongo que a vosotros os gustará también, es la de un baile de cuentos infantiles, es decir, un baile en que todos los niños se disfrazen de personajes de cuentos infantiles conocidos; en este baile veríamos al Gato con Botas bailando con Caperucita encarnada, mientras que la Cenicienta le ofrecía un bombón de chocolate a Pulgarcito, y sobre todo, veríamos a Chapete haciendo buenas migas con Pinocho.

¿Qué os parece la idea, amiguitas mías? ¿Y no habrá entre vosotros alguna que se disface de... Pirula?

Esa podrá llevar su confetti o sus caramelos en una bolsita que reproduzca el modelo del adjunto grabado, muy propio para Carnaval.



PIRULA, BORDADORA

Motivo a punto de cruz. — No todo va a ser divertirse, disfrazarse, ir al baile y repartir caramelos, luciendo de paso esta graciosa y original bolsita Pierrot.

Ahora vamos a trabajar un momento; pero como en estos días de carnaval me da a mí el corazón que no estais para salvar grandes dificultades; solamente os presentaré un facilísimo motivo que podéis reproducir a punto de cruz en colores vivos, verde, rosa, amarillo y azul, y que adornará las esquinas de un tapete o el bolsillo de un delantal.

CONCURSO DE PASATIEMPOS

DEL MES DE FEBRERO DE 1927

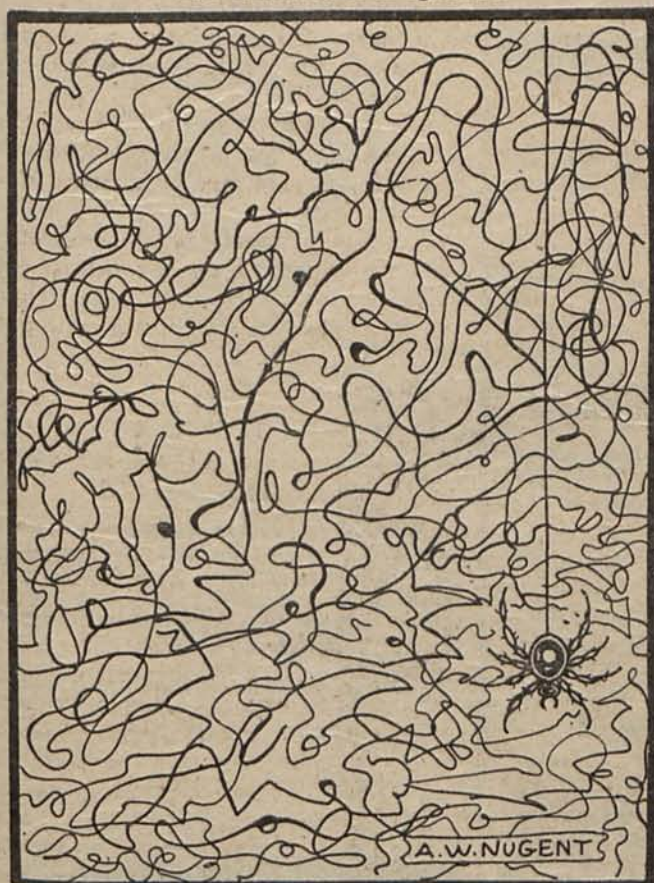
(Pueden tomar parte en este CONCURSO todos nuestros suscritores. El Jurado adjudicará los premios y accésits con diploma entre los suscritores que nos remitan mayor y mejor número de soluciones.)

¿CUÁLES SON LOS ERRORES QUE HAY EN ESTE DIBUJO?



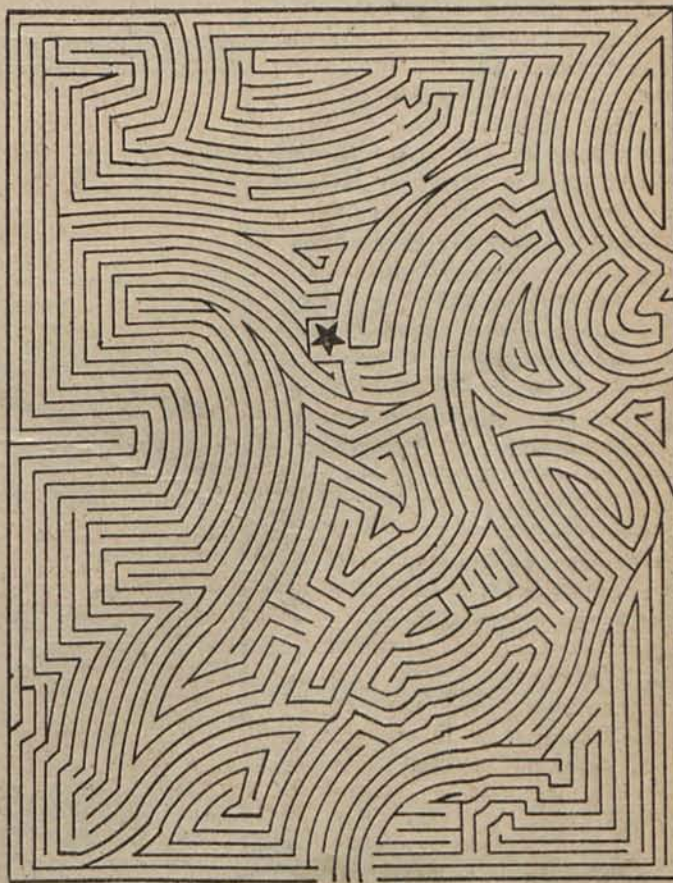
El trabajo de hoy es sencillísimo por dos razones: primera, porque los errores son muy poquitos, ocho nada más. ¿Y sabéis por qué hay tan pocos?, pues porque el dibujante es muy tragón y no sale de la cocina y de esta forma se entera de todo, aunque no tan bien que no se le escape alguna falta. ¡Ya veis, esta vez se le han escapado ocho! La segunda razón de por qué es muy sencillo consiste en que no tenéis que hacer nada más que coger el PINOCHO, nada más llegar a vuestras manitas, y marchar corriendo a la cocina para que la cocinera, que está muy enterada, os aclare los defectos. ¿Qué os parece mi idea? Os diré un defecto para que os sirva de guía. Fijáos en que el sacacorchos tiene la espiral más larga que el mango y al cerrarlo se quedaría la punta fuera.

LA ARAÑA DIBUJANTE



Una ingeniosa araña, cansada de fabricar constantemente su tela de la misma forma, ideó, un día, cambiar de modelo, y, saliéndose de formas clásicas, hizo un dibujo caprichoso, y ¡oh milagro!, siguiendo determinadas líneas del dibujo, se halló con que había dibujado un león, una ardilla y un mono de pie. ¿Sabréis decirme dónde se hallan?

LABERINTO



Hallar la salida o el fin de un laberinto no es solamente un entretenimiento: Es también un sistema educativo. Con este procedimiento no sólo os haréis muy buenos observadores, sino que también os acostumbraréis a orientaros. Cuando seáis mayores y viajéis solos y vayáis a ciudades de calles tortuosas y complicadas, veréis qué fácil os resulta llegar a la Plaza Mayor de ese pueblo desde un punto extremo, y esto será gracias a haber educado el sentido de la orientación por haber resuelto muchos laberintos. En este que veis aquí hay que llegar a la Plaza Mayor, o sea a la estrella desde la puerta indicada con una flecha.



Micifuz y Zapirón no se comieron un capón en un asador metido por la sencilla razón de que no lo tenían, no por falta de ganas. Porque comerse un capón es cosa sencilla, pero es muy difícil encontrarlo a mano. Y esto es lo que les ocurría a nuestros dos antiguos conocidos, que no encontraban a mano ni un capón, ni una triste corteza de queso, ni nada, y ya tenían los bigotes lacios y los ojos tristes por efecto de la gazuza, cuando alguien les dijo que en un campo próximo había una fiesta, en la que un cerdo estaba dando un concierto, y entre el público unos ratoncitos. Y allá se fueron Micifuz y Zapirón. En el dibujo se encuentran los dos gatazos. ¿Dónde?



Los mejores Pinochistas son mis suscritores.

Los mejores suscritores son los que conservan todos los números cuidadosamente y los encuadernan a fin de año con las magníficas tapas que he mandado hacer especialmente.

Pinocha

Vale por una rebaja del 25 por ciento a favor de mi amigo y suscriptor Don.....

(1)

Pinocha

Todo suscriptor a PINOCHO que compre libros en la Editorial «Saturnino Calleja», S. A., obtendrá, presentando este vale, una rebaja del 25 por 100, o sea la cuarta parte del precio, o sea una peseta de cada cuatro que importe su pedido.

(1) Escríbase aquí el nombre del suscriptor. No siendo suscriptor, no se puede usar este vale.

DE LA COLECCIÓN
CUENTOS DE CALLEJA EN COLORES
SEGUNDA SERIE



Precio 2. pesetas.

La EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA», S. A., calle de Valencia, 28, Apartado 447, Madrid, remite a toda España y América, sin aumento de precio, ésta y todas sus publicaciones a quien las pida, enviando su importe.



¿QUÉ QUIERES SABER HOY?



—Vamos a ver, curioso Chonón, ¿qué quieres saber hoy?
—Hoy quiero saber, querido buho, algo sobre la vida del gorila. He visto esta mañana un esqueleto de gorila en el Museo de Historia Natural y me ha llamado poderosamente la atención por su extraordinario parecido con el esqueleto del hombre.

—Como que este animal, lo mismo que el chimpancé y el orangután, tienen una estructura muy semejante a la del hombre. Por hoy te hablaré, según tú desees, del gorila, y otro día ya trataremos de los otros monos, cuya vida y cuyas costumbres son también muy curiosas.

—Me asombra que haya monos de tanta corpulencia. Yo creí que los monos eran todos pequeños.

—Pues ya ves que también los hay muy grandes. Los naturalistas los han llamado monos antropomorfos, que quiere decir monos con figura de hombre. Claro que el parecido no pasa más allá de la figura, pues carece de inteligencia, de palabra y de otra porción de facultades que son patrimonio exclusivo del hombre. Entre el gorila más civilizado y el hombre más salvaje, hay un abismo que los separa.

—No acabo de estar conforme, querido buho.

—Tú dirás por qué, amigo Chonón.

—Yo recuerdo haber visto fotografías de un gorila que desempeñaba el papel de camarero en un restaurant norteamericano y en cambio, se me figura que a un salvaje no se le podría imponer una obligación así.

—Estás equivocado. Al gorila, como a muchos animales, se le domestica. Su instinto de fiera se somete al temor del castigo. El hambre y los palos convierten en mansos a muchos animales feroces. A los salvajes, en cambio, se les somete por la persuasión y como están dotados de inteligencia, se acogen ellos mismos a la vida pacífica y a las costumbres de la vida civilizada, tan pronto se dan cuenta de sus beneficios. Un salvaje puede llegar a saber leer, escribir y hablar nuestro propio idioma y puede, perfeccionado con los estudios, llegar a ser un hombre como todos los demás, mientras que un gorila no puede llegar nunca a este grado de perfeccionamiento porque no está dotado de facultades para ello.

—¿Y acometen al hombre los gorilas?

—Por regla general no se meten con nadie si no se les ataca; pero si se trata de darles caza, si se les persigue o se intenta maltratarlos, se convierten en unos animales ferocísimos. La fuerza de sus brazos y de sus mandíbulas es tan enorme, que no es fácil escapar con vida de las acometidas de esta fiera.

—Parece mentira que se les pueda domesticar, ¿verdad?

—Únicamente se consigue esto cuando se les coge muy pequeños. Y he de advertirte que solamente siendo chiquitos se les puede dar caza, pues en cuanto se desarrollan no hay forma de apresarlos vivos.

—¿No se podría hacerlos caer en un cepo?

—Desde luego, no sería imposible el procedimiento.

—Pues entonces...

—¿Te atreverías tú a ir a sacarlo del cepo?

—Yo no, pero me parece que no faltaría quien fuese más valiente que yo.

—El que más y el que menos, querido Chononcito, aprecia su vida en tanto como tú aprecias la tuya.

—Tienes razón. Mejor será que los dejemos que vivan a su libre albedrío.

—Por mi parte te prometo que pienso pasar de largo por todos los bosques donde yo sé que hay gorilas.

—Dime donde los hay para no acercarme ni a veinte leguas.

—Estos animales viven en las selvas de Africa occidental. Trepan por los árboles como todos los monos, pero como su peso es enorme, tienen la precaución de probar antes la resistencia de las ramas donde van a colocarse.

—Vivirán en los árboles, ¿verdad?

—Sí; pero escogen para su albergue lugares que están resguardados del viento y del frío. Es un animal que necesita mucho calor y por esto en los parques zoológicos de climas fríos se mueren en seguida.

—¿De qué se alimentan?

—De legumbres y de frutas, haciendo grandes destrozos en las cosechas, por lo cual los indígenas los persiguen con encarnizamiento. Otras veces se alimentan de aves cuyos nidos saquean llevándose los pequeñuelos o los huevos.

—En cambio, ¿cualquiera se acercaría a robarle a un gorila sus hijitos?

—Algunos cazadores han pagado con su vida el intento de arrebatarle a un gorila sus pequeñuelos. En la defensa de los suyos es cuando este animal se siente más feroz. Cuando ve que a sus crías intenta acercarse alguien, se coloca en guardia y se dá fuertes golpes, con los puños cerrados, en el pecho, y cuando ya ha visto que la madre se ha puesto a salvo con los hijos, entonces acomete con fiera inusitada al que ha turbado la tranquilidad de su hogar.

—¡Menos mal que es un buen padre de familia!

—Por regla general, todos los animales hacen igual, dentro de sus propios recursos. Los mismos pajarillos protestan abriendo el pico enormemente, si tratamos de arrebatarles las crías.

—Otro día tienes que hablarme de los chimpancés. He oído decir cosas muy curiosas de estos animales.

—Cuando quieras, querido Chonón. Ya sabes que siempre hablamos de lo que tú quieres.

—Y siempre tengo la suerte de que tu sabiduría satisface mi curiosidad. Eres muy bueno y muy complaciente, amigo buho.

—No merece otra cosa la atención y el interés con que siempre escuchas mis charlas.

—Muchas gracias, y hasta otro día.

—Adiós, Chonón.

—Adiós, buho,



CORRESPONDENCIA



Los Pinochistas que me escriban para que les conteste en esta CORRESPONDENCIA tendrán que esperar las respuestas unos tres meses (o más cuando haya aglomeración de cartas), por la anticipación con que es necesario enviar el original a la imprenta para que no recibáis la revista con retraso. Los que tengan prisa y deseen que les escriba en carta particular, deberán enviar con la suya cincuenta céntimos en sellos.

Antonio María Cospedal.—Saldrán tus preciosos dibujos. Claro que lo que tú me pides es imposible. En el número próximo, como me dices en tu carta, es imposible. Supongo que te referirás al número próximo posible. Y este número será el que corresponda al turno de tus dibujos. Tu felicitación la agradezco muchísimo, y excuso decirte cuánta y cuánta felicidad te deseo también. Tuyo incondicional.

Raimundo P. de Gracia.—Mucho, mucho, mucho me han satisfecho tus dibujos que entran en turno para publicarse. Muy apretados abrazos.

Sofía Nieto Vargas.—Tú no sabes, simpática pinochista, la alegría de Pirula al ver tus maravillosos dibujos. Son un verdadero primor, una magnífica obra de arte, pero... ¿no sabes, linda Sofía, que por acuerdo del Gran Consejo Pinochista, sólo puedo publicar colaboración de mis suscritores? ¿No te has fijado en que en ese mismo cupón que me envías dice «Envío del suscriptor»? ¿Cuánto siento no poder publicar esos dibujos! ¿Con lo que a mí me gustan! Muchos y muy apretados abrazos de Pirula, Anita y Laura.

Luis Romero.—Ese mismo dibujo que me has enviado, si lo hubieras hecho a pluma, habría campeado triunfante en las páginas de mi Revista, para honor tuyo y admiración de todos los Pinochistas. No creo que al glorioso mecánico Rada lo haya dibujado nadie mejor que tú. Es un verdadero acierto, pero un acierto al lápiz, por muy perfecto y por muy acabado que esté, ¡y este tuyo lo está en grado sumo!, no puede reproducirse para publicarlo. ¿De quién es la culpa? Exclusivamente tuya, porque casi no hay número de mi Revista en que no venga haciendo la misma indispensable recomendación: ENVIAR LOS DIBUJOS HECHOS CON TINTA. ¿Ves que te lo advierto a ti hoy? Pues seguiremos igual, querido Luisito. Abrazos de D. Turulato, Currinche, Colorín, Potipán, Morronguís, etc., etc.

Alberto de León y Murua.—Uno, dos, tres, cuatro y cinco dibujos con sendos cupones. ¡Muy bien, admirable pinochista! Cinco dibujos con los que casi puede hacerse una magnífica exposición. No sé cual de ellos está mejor, porque todos son mejores. Todos irán a su tiempo, para que todos puedan dedicarte los elogios que merecen. Tuyo.

Laureano Menéndez de la Puente.—Tus preciosos chistes están ya esperando turno para aparecer en las columnas de mi Revista. Morronguís se ha puesto enfermo de risa, y D. Turulato, Currinche, Cañamón y Colorín andan contando a todo el mundo esos chistes tuyos, como cosa inventada por ellos. Te envío apretadísimos abrazos.

Antonio Velázquez.—Muy lindo tu dibujo. Irá a su tiempo. Adelante, mi querido Antonio, siempre tuyo.

Manuel Nieto Molina.—Has tenido un preciosísimo acierto al combinar los nombres de las calles de Madrid para hacer tu curiosísimo trabajo. Don Turulato lleva dos días consultando la Guía de Madrid para caminar a través de tu cuento. Está encantado. Ni a Currinche ni a nadie le hace caso. Sólo se le oye decir: «¡A ver, que Carmen se ponga la Montera y se vaya en Carretas a Sevilla!» Mis recuerdos y abrazos, con los de Paco Morronguís, Potipán, Tin, Ton, y demás amigos y admiradores.

Ramón Santos Carlos.—De lo que me dices, no sé absolutamente nada. No puedo, por tanto, facilitarte ningún detalle. Cuando tus soluciones sean revisadas por el Jurado competetísimo que se nombra al efecto, ten por seguro que, si merecen premio, lo obtendrán. Los personajes del Jurado son siempre buenísimos, y ponen sus cinco sentidos (y estoy por creer que algunos más), en fallar con la más estricta justicia. Siempre tuyo.

Manuel Alpañés Domínguez.—Es una historietita preciosísima la que me has enviado. Y la mano, mano maestra, en el dibujo, resalta tanto como la gracia del asunto. Muy bien, muy bien, querido Pinochista. Aparecerá en mi Revista tan pronto le toque salir. Ya sabes cuánto te admiro y quiero.

Juanita Muñoz.—Tu dibujo es digno de una Pinochista tan lista y tan inteligente como tú. Ya está con todos los demás que esperan turno para publicarse. Yo deseo que sea cuanto antes mejor. Muchos abrazos de Anita y de Pirula.

Juan Francisco Salas.—¿Otro dibujo al lápiz? Otra vez he de decir, querido Pinochista, que para reproducir los dibujos hay que hacerlos con tinta. A mí no me cansa repetirlo, porque mi paciencia no se desgasta ni tanto así, pero me duele cada vez que tengo que decir «no puede publicarse». Sobre todo, cuando se trata de trabajos tan perfectamente hechos como este tuyo. Abrazos.

Pinocha

VIDA PINOCHISTA

Publicamos en esta Sección retratos, noticias y, en general, asuntos personalmente relacionados con los Pinochistas. Por medio de ella los amigos de PINOCHO pueden entablar comunicación entre sí, sea en demanda de alguna cosa determinada o simplemente para ofrecer correspondencia, de la que puede surgir una distracción honesta, un ejercicio útil y acaso el tesoro sin precio de una buena amistad.

Insertamos a continuación algunos ejemplos de las comunicaciones que pueden enviarnos los Pinochistas para que las publiquemos en esta Sección:

Luisa M.... Calle de..... Coruña, desea cambiar con otros Pinochistas fotografías de su país por fotografías de otras regiones de España y de América para hacer un álbum que contenga reproducciones de todos los lugares donde se habla español.

Alvaro R....., Domingo J..... y Antonio L..... desean formar un *once* de fútbol con Pinochistas de Madrid. Dirijanse las adhesiones a.....

Pedro R..... Calle de..... Sevilla, tiene interés en saber cómo se llama un cuento en el que una Princesa se convierte en estrella,

y luego en lluvia, y luego en flor. ¿Habrá algún Pinochista que se acuerde y se lo diga?

Ramón A..... Calle..... Buenos Aires, busca un Pinochista de su edad (15 años) que le escriba cartas, una vez al mes, contándole cosas de su vida y de su país. Al cual le contestará puntualmente con relatos de la suya y de Argentina.

Mari Blanca H..... Calle de..... Toledo, desea escribirse con una Pinochista colombiana, salvadoreña o costarricense.

PINOCHISTAS PREMIADOS EN VARIOS SORTEOS



Luis Oller.
Cuarto premio del segundo gran sorteo de regalos a los suscritores.
Un magnífico triciclo.



Anita Carpena.
Segundo gran sorteo de regalos a los suscritores.
Un lote de libros.



Mercedes Illera.
Segundo gran sorteo de regalos a los suscritores.
Un lote de libros.



Julián Orden.
Primer premio del concurso de Historietas de Colaboración Pinochista correspondiente al mes de julio.

Si eres buen amigo de Pinocho envíale hoy este Boletín de Suscripción



D., que vive en
(Calle.) (Provincia o Estado.)
se suscribe desde el próximo número a PINOCHO por (1)

UN AÑO	cuyo importe de	20 pts.
UN SEMESTRE		10 pts.
UN TRIMESTRE		5 pts.

remite a la Administración de PINOCHO en (2).
(C. de Valencia, 28. Madrid.)
En a de de 192...
(Población.)

(1) Bórrase lo que no convenga.
(2) En lo que sea. Puede ser Giro postal, valores declarados, cheque, sellos (en tiras, no sueltos), etc. Muchas repúblicas americanas tienen establecido el Giro postal con España.

A todos los Pinochistas

NINGUNA niña, ningún muchacho, lee una vez PINOCHO sin hacerse amigo nuestro. Aumentar el número de los Pinochistas no es sólo hacer un gran favor a Pinocho y sus regocijantes camaradas: es favorecer vuestro propio interés, ¡y es darle un disgusto a Chapete!

TODOS LOS PINOCHISTAS que quieran ofrecer a amigos o conocidos suyos la posibilidad de admirar los encantos de este semanario inmortal, colosal y sin igual, pueden enviarnos en una simple hoja de papel los nombres y direcciones correspondientes acompañadas de este cupón.

CUPÓN

A PINOCHO Apartado 447 MADRID

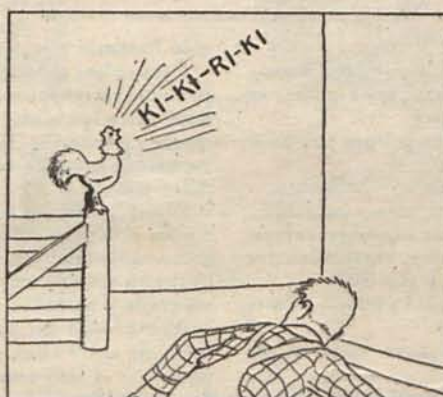
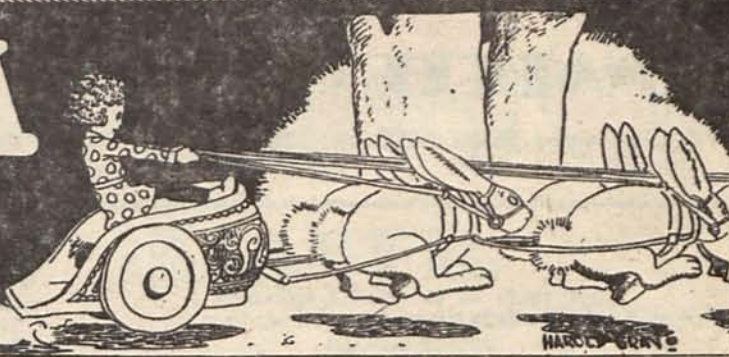
Querido amigo: Te envío adjunta una lista de varios nombres y direcciones para que a cada uno de ellos envíes —gratis y sin compromiso alguno para mi ni para los interesados— un número de muestra de tu semanario inmortal, colosal y sin igual

Te abraza tu amigo
(Firma.)

Mi DIRECCIÓN ES:

ANITA

BUEN-CORAZON



ASI EMPIEZA "CHAPETE CAZADOR DE CABELLERAS"

(De la estupendísima SERIE PINOCHO CONTRA CHAPETE que ha hecho universalmente famosos al incomparable muñeco de madera y a su astuto rival de trapo).

I

QUE TRATA DE LA TERRIBLE SITUACIÓN
DE UN INTREPIDO CAZADOR DE
POTROS SALVAJES



STAMOS en la Pampa, en la pradera inmensa donde pasta el bisonte, donde el feroz piel-roja acecha, donde, a veces, ruge el jaguar, donde habita el cow-boy.... En una palabra, estamos en ese lugar donde se desarrollan las películas americanas: el Far-West.

Es por la tarde, el sol está a punto de declinar; la llanura infinita parece desierta, pero no, no está desierta; un jinete camina por la solitaria pampa. Sin duda, es un atrevido cazador de potros salvajes a juzgar por el lazo que lleva arrollado a su cintura. Camina el jinete ensimismado. De pronto, el caballo que monta se para en seco.

—¿Qué es esto? ¿Que ocurre, Trotón?—pregunta el cazador al noble corcel.

Y éste, como si quisiera contestar a su dueño, lanza un relincho doloroso y golpea el suelo con sus patas. Entonces el jinete, elevándose sobre los estribos, dirige una mirada penetrante al horizonte. Una exclamación se escapa de su boca:

—¡Zambomba!

¿Qué ha visto el cazador para alarmarse? Apenas nada, una ligera columna de humo en la lejanía. Pero el cazador conoce los peligros de la pradera y, con ese golpe de vista que sólo poseen los que habitan el Far-West, ha descubierto que aquella, al parecer, insignificante columna de humo, es el anuncio de un incendio.

¡Un incendio en la pradera!

El cazador sabe que este peligro es de muerte y que, en estos casos, la salvación depende de la rapidez de la huida. Y con la celeridad del pensamiento, da la vuelta a su caballo que, herido por la espuela, sale disparado, galopando furiosamente.

Mucho corre Trotón, su velocidad es la del viento; el cazador le anima constantemente con la voz:

—¡Hala, hala, valiente!...

Pero el incendio avanza, a su vez, con la rapidez del rayo. La lucha es emocionante, terrible. El cazador y su caballo huyen, perdidos en la inmensidad de la pradera, acosados por el fuego que crece imponente, amenazador, implacable.

¿Resistirá el caballo?

Parece que sí.

Pero, ¡ay!, de pronto, el noble animal vuelve a pararse en seco. ¿Qué ocurre? El cazador clava despiadadamente sus espuelas en el vientre del corcel.... Es inútil, éste no se mueve.

—¡Maldición!—ruge el cazador—. ¿Qué nuevo peligro nos amenaza?

Y, levantándose sobre los estribos, vuelve a mirar a la lejanía.

Todo lo comprende y siente que por su cuerpo corre un escalofrío de terror. Frente a él avanza una manada de bisontes enfurecidos. Lo menos son diez mil. Vienen ciegos, locos, hostigados por algo que no se ve. Y a su paso todo lo arrollan y pisotean.

El cazador comprende que si llegan, hasta él está perdido. Pero, ¿cómo huir si por detrás avanza el incendio?

Sólo le queda un recurso: huir por la derecha para evitar el encuentro de los bisontes.

El corcel, más que correr, vuela. Parece comprender que sólo de su velocidad depende la salvación y galopa, galopa, cubierto de espuma. Jinete y caballo están a punto de trasponer la línea en que el fuego y los bisontes van a unirse y cogerles en medio; un esfuerzo más y están salvados. Pero entonces, el cazador ve con horror que frente a él, a pocos metros de distancia, se abre un abismo profundísimo. Ya no queda sitio por donde huir, el bravo cazador está perdido.

Y este cazador.... ¡es Pinocho!

II

DONDE EL GRAN PINOCHO DEMUESTRA, UNA VEZ MÁS,
SU NOBLE CORAZÓN



AMOS a explicar cómo se encontraba el famoso aventurero en el Far-West.

A Pinocho le gustaba mucho el cine. Y una tarde, después de su vuelta de la isla de Pitiminí, se hallaba nuestro héroe, sentado en una localidad de preferencia, presenciando una película sensacional titulada «Los piratas de la pradera» y cuya acción se desarrollaba entre indios y cow-boys.

Seguía Pinocho con atención profunda las peripecias de la pan-

talla cuando, de pronto, lanzó un grito que asustó a la concurrencia. La cosa no era para menos. Figuraos que entre los indios que salían en la película acababa de reconocer.... ¡a Chapete!

No cabía duda, era el mismo Chapete de trapo y serrín aunque disfrazado de piel-roja. ¡Pero menudo olfato tenía nuestro Pinocho para dejarse engañar por un disfraz, por muy perfecto que fuera!

¡Y había que ver las maldades que el maldito pirata hacía allí! El odioso Pata de Pato parecía ser un jefe de tribu; llevaba en la cabeza grandes plumas y de su cinto pendían unas cuantas cabelleras. ¿Serían humanas? ¿Serían postizas? ¡Vaya usted a saber!

Lo que era indudable es que el malvado Chapete estaba en el Far-West, haciendo de las suyas. Precisamente, en la película, el maldito acababa de robar a una preciosa muchacha completamente americana, que había tenido la mala ocurrencia de salir a dar un paseo a caballo y se había perdido en una selva.

Conociendo, como conocéis todos el noble corazón de Pinocho, no os extrañará lo más mínimo saber que, sin esperar siquiera a que terminase la película, el valiente muñeco de madera, salióse disparado del cine, llegó a su casa, cogió su famoso maletín de viaje y, después de entregar la llave a la portera y despedirse de ella, se dirigió a la estación.

A los pocos días llegaba nuestro héroe al Far-West, donde, gracias a sus indagaciones y a su maravilloso olfato detectivesco, pudo averiguar, al punto, que en una comarca cercana había aparecido, hacía poco, una terrible tribu de indios capitaneados por un jefe llamado Tcha-peh-the (que en indio quiere decir elefante distinguido). Al punto comprendió Pinocho que este nombre no era otro que el de Chapete desfigurado. También averiguó nuestro muñeco que lo que había visto en el cine era la pura verdad y que los pieles-rojas habían secuestrado a la americana de la película—que se llamaba Miss Clary—sin duda para pedir un cuantioso rescate por ella.

Desde el día de su llegada, Pinocho, que era muy diestro en el manejo del lazo, se dedicó a la caza de potros salvajes; así recorría la pradera en busca de una pista que le descubriese el paradero del falso Tcha-peh-the y de la encantadora Miss Clary.

Y así fué como le sorprendió el incendio y los bisontes la tarde que empieza esta historia.

III

EN EL QUE PINOCHO, HUYENDO DE UN PELIGRO
CAE EN OTRO MAYOR

Dejamos a Pinocho al borde de un abismo, amenazado, de un lado, por una manada de furiosos bisontes y, del otro, por un horroroso incendio, sin poder huir por ninguna parte. Situación bastante desagradable, en verdad.

Para colmo de desdichas, el caballo, al apearse Pinocho para estudiar el terreno, había huido enloquecido por el terror, confundiendo entre los bisontes. Pinocho estaba solo ante los tres peligros que le cercaban. ¿Qué hacer? Cinco minutos más y la muerte más espantosa acabaría con la gloriosa existencia del héroe. ¡Dios mío! ¡Dios mío!

El noble muñeco se disponía ya a abandonar la vida, cuando se fijó en el lazo que llevaba arrollado a la cintura. Y una idea audaz cruzó su mente. Rápido como el relámpago desenrolló el lazo. Su proyecto era atrevido, casi descabellado, pero la situación era desesperada y no había dónde escoger.

Al otro lado del abismo alzabase un promontorio de rocas abruptas y, de entre ellas, surgían algunos árboles gigantescos. Pinocho manejaba el lazo como un gaucho y, apuntando a la rama más alta de una encina, lo lanzó con brío. ¡Zas!

El lazo cruzó el espacio y con maravillosa precisión fué a engancharse en la rama. Entonces Pinocho sacó un clavo del bolsillo—nuestro héroe tenía siempre la precaución de llevar un clavo en el bolsillo—y con una piedra lo clavó en el suelo, atando a él el extremo del lazo que tenía en la mano. De este modo, el lazo quedó tendido, cruzando el abismo, como esos alambres que usan en el circo los equilibristas.

Y audaz, osado, valeroso, agarrándose a la cuerda, Pinocho empezó a cruzar el espantoso abismo. Ya era tiempo; en aquel mismo instante llegaban los primeros bisontes bramando de furor.... Y en aquel mismo instante llegaban las primeras llamas del voraz incendio....

Si quieres leer la preciosa continuación de esta estupenda aventura y no la encuentras en tu librería, escribe a la EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA», S. A., calle de Valencia, 28; MADRID, pidiendo que te envíe CHAPETE, CAZADOR DE CABELLERAS y remitiendo su importe (1,50 pesetas), y lo recibirás inmediatamente aunque vivas en América.